

Filosofía
Nivel superior
Prueba 3

Jueves 17 de noviembre de 2016 (mañana)

1 hora 15 minutos

Instrucciones para los alumnos

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Lea el texto y conteste a la pregunta.
- La puntuación máxima para esta prueba de examen es **[25 puntos]**.

Texto desconocido – exploración de la actividad filosófica

Compare y contraste las opiniones sobre la actividad filosófica que se presentan en el texto a continuación con su propia experiencia y comprensión de lo que implica hacer filosofía [25 puntos].

En la actualidad tendemos a pensar en la filosofía como una disciplina académica que estudiamos, pero no siempre ha sido así, según el filósofo e historiador de filosofía antigua francés Pierre Hadot (Hadot 1995). Por tanto, en la filosofía antigua, se podía perfectamente ser filósofo sin haber escrito nada, ya que lo que importaba no era el discurso de la filosofía en sí (el conocimiento de las teorías filosóficas), sino vivir la filosofía. Vivir la filosofía, nos dice Hadot, era un ejercicio espiritual. Espiritual porque era más que un ejercicio meramente moral o intelectual, consistía más bien en una transformación total de nuestra existencia. Hadot divide estos ejercicios espirituales en cuatro disciplinas distintivas:

1. Aprender a vivir
2. Aprender a dialogar
3. Aprender a morir
4. Aprender a leer

1. Aprender a vivir

Si el fin de la filosofía es enseñar cómo vivir la vida mejor, ¿qué es lo que nos lo impide? La respuesta para la filosofía antigua es: las pasiones. Debido a que no podemos controlar nuestras pasiones, acabamos tristes y miserables. El arte de vivir bien, por tanto, se mide por la habilidad de controlar las pasiones, y esto es lo que la filosofía puede enseñarnos. Una de las escuelas de filosofía, los estoicos, defendía que la infelicidad humana tenía dos orígenes: buscamos satisfacción en las posesiones que no podemos tener o podemos perder e intentamos evitar las desgracias que son inevitables. La filosofía nos enseña que los bienes morales son lo único que verdaderamente está en nuestro poder. El resto debemos aceptar con indiferencia. Los ejercicios intelectuales de la filosofía, la lectura y la escritura, el escuchar y hablar a los demás, nunca fueron simplemente por obtener más conocimiento, sino para la aplicación de este conocimiento a cómo vivimos nuestra propia vida.

2. Aprender a dialogar

La actividad intelectual y espiritual nunca es una tarea solitaria. Esto es por lo que las escuelas filosóficas de la antigüedad siempre eran en comunidad. Aprendo a pensar por mí mismo pensando con los demás. No es tan importante lo que se dice, sino que uno hable porque solamente a través de la interacción con los demás puedo obtener autoconocimiento. Como escribe Hadot: “La íntima conexión entre el diálogo con los otros y el diálogo con uno mismo es profundamente significativa. Solamente el que es capaz de un verdadero encuentro con el otro es capaz de un encuentro auténtico consigo mismo, y al revés es igualmente cierto” (Hadot 1995). Esta relación del discurso auténtico con los demás es siempre más importante que escribir y parecer que se tiene conocimiento. De nuevo, la meta de la filosofía es la autotransformación y no el conocimiento, si conocimiento significa aquí teoría o discurso.

3. Aprender a morir

Aprender a morir no es una obsesión morbosa con la muerte. Más bien lo contrario, es aprender a no temer la muerte. Pues el aspecto más importante de la vida humana es que trasciende a la muerte. Sócrates, el filósofo más importante para los estoicos y epicúreos, estaba dispuesto a morir por sus creencias, porque se dio cuenta de que lo más importante acerca de él no era su cuerpo, sino sus ideas y estas vivirían a pesar de él. Mucho más importante que la vida individual de uno es la propia verdad. Aprender a morir, por tanto, no es estar obsesionado con la muerte de manera morbosa, sino aspirar a una existencia superior. Pensar en nuestra muerte durante la vida es darse cuenta de lo que es y no es importante. Es la posibilidad misma de una vida auténtica.

4. Aprender a leer

Leer, obtener conocimiento, no es un fin en sí mismo, sino que es para la autoformación, para entenderse a uno mismo. El fin de los ejercicios espirituales es, por tanto, el mismo: volver al verdadero sí mismo para liberarse de las pasiones que nos controlan desde el exterior. Incluso las grandes obras de la filosofía que todavía leemos hoy en día no son importantes en sí mismas. Uno lee y escribe filosofía no para hacerse el listo, sino porque la propia práctica de leer y escribir está dirigida hacia el autodomínio y control. Por tanto, lo que es importante, en primer lugar, es enseñar (aprender a cómo dialogar), y escribir solamente tiene una función dentro de esta práctica. Escribir no fue nunca en aras del discurso filosófico, sino para la práctica del autodomínio y de la libertad.

[Fuente: adaptado de <http://drwilliamlarge.wordpress.com>, acceso el 17 de marzo de 2015]
